

## PONENCIA CLAUSTRO PLENO 2020

Juan Pablo Faúndez Allier

Desde el año 2019 al 2021, el Programa de Ciencias para la Familia de la PUCV ha sido invitado a participar, como único equipo chileno entre 15 de los diversos continentes, en la investigación internacional sobre “Familia y Pobreza Relacional” dirigida por el Observatorio Internacional de la Familia, el Instituto Juan Pablo II para las Ciencias del Matrimonio y la Familia de Roma, la Universidad Católica de Milán y la Universidad San Antonio de Murcia, España.

En pleno curso de esta investigación interdisciplinar, que llevamos adelante 11 académicos de distintas unidades académicas de nuestra Universidad, con 250 páginas contenidas en dos sendos informes, hemos cruzado importantes hallazgos sobre familia y pobreza en Chile, lo que nos ha permitido concretar dos dimensiones de abordaje con las que nos hemos aproximado, desde una perspectiva poliédrica (S.S Francisco), a esta institución humana fundamental. Nos permitimos como equipo de investigadores compartir algunas cifras y reflexiones, de cara al bien común, que ayudan a comprender el hoy en el que estamos como país.

La forma de medir la pobreza multidimensional se ha basado en el análisis conjunto de dimensiones constituidas por indicadores específicos, definiéndose en cada caso umbrales mínimos para constatar en qué situaciones nos encontramos ante las condiciones para el ejercicio de una vida en dignidad. Paralelamente al desarrollo de nuestra investigación, hemos presenciado un irrumpir social sin precedentes en el país que ha evidenciado las condiciones de desigualdad estructural de las que hemos hablado en varios pasajes de este trabajo, y cuyas cifras y antecedentes lo confirman. La síntesis de los datos que se han trabajado en este estudio nos hacía evidenciar que, efectivamente, la información que muestra la inequidad en la distribución de los recursos generaría tarde o temprano una explosión social como la vista en Chile, la que se sustenta, en gran medida, en los enfoques de esta investigación: economía y educación. Como hemos evidenciado al iniciar este estudio, sin bien el ingreso per cápita de Chile llega a los US\$25,8 mil, el 1% de la población concentra el 26,5% de la riqueza y el 66,5% de la población reúne sólo el 2,1% del capital, lo que nos posiciona como el séptimo país más desigual del mundo. Y desde los antecedentes que muestran la creciente dependencia del endeudamiento de los hogares chilenos, que llega al 74,3% como porcentaje del ingreso disponible, se evidencia que en Chile la deuda se ha naturalizado progresivamente desde el año 2009, mediante el fenómeno descrito como “democratización del crédito” o “financiamiento de la pobreza”, sin que se haya desarrollado como objetivo de la inclusión social la educación crediticia de los más pobres, evidenciando, justamente, una falta de promoción de la dignidad en esta área tan sensible para el desarrollo humano.

Lo anterior se explicita en el análisis de los estilos de vida de los grupos socioeconómicos de Chile, en el que se grafica con más detalle y desde la perspectiva de las expectativas que mueven las actividades de los segmentos poblacionales, cómo los intereses culturales varían en función de la capacidad adquisitiva. Ello muestra que, en Chile, el desarrollo de las dimensiones que pueden proyectarse por encima de los requerimientos de subsistencia está delimitado a un

sector de personas que agrupa al 25,3% de la población, comprendida hasta el segmento C2. Desde los grupos C3 a E (74,7% de los chilenos), los ingresos limitan la libertad de acceder a diversos bienes y servicios, siendo sectores que están a merced de variaciones multifactoriales, incrementándose la sensación de precariedad en la medida que se baja hasta el grupo E.

Todo ello se hace más evidente hoy, dado que la detención en el análisis *Meso* y *Micro* de las condiciones socioeconómicas, no reflejan en el país aquellos índices que se perciben a nivel *Macro*. Por tanto, el cálculo del ingreso per cápita que se presenta entre los índices macroeconómicos de Chile no muestra la realidad que en el plano de la organización familiar está viviendo un altísimo porcentaje de la población. Ese “espejismo” en la aproximación analítica de la realidad, si se percibe sólo desde los análisis numéricos, es uno de los que explica por qué un país como Chile ha manifestado el alto índice de disconformidad que se expresa en diversos ámbitos económicos y por amplios sectores de la población.

Por tanto, desde la perspectiva del análisis de la “familia como sujeto económico” nos encontramos con un escenario país que presenta situaciones de clara vulnerabilidad para la mayoría de los habitantes de la nación, aunque en un contexto de invisibilización meso y microeconómica que es dilucidado cuando se explora en indicadores y efectos como los señalados. El ingreso promedio de la inmensa mayoría de connacionales no se hace cargo de satisfacer los requerimientos necesarios para lograr romper la brecha de precarización, lo que evidencia un problema que sólo podría superarse con un compromiso social mayor, que reoriente, entre otros mecanismos, las políticas impositivas para cargar con mayor incidencia tributaria a quienes reciben más ingresos.

Como efecto de las movilizaciones recientes, un número importante de la población se encuentra solicitando se supere la “brecha” de la que hemos hablado en el desarrollo de esta investigación. Es decir, Chile es un país en vías de desarrollo que no ha sido capaz de horizontalizar ni distribuir el monto de ingreso per cápita, por lo que enfrenta el año 2021 con un enorme desafío por delante, que se traduce en la superación de la desigualdad en un contexto de gran desestabilidad sociopolítica.

En cuanto al análisis de la “familia como sujeto educativo”, gran parte de las problemáticas que se levantan en el análisis de la pobreza económica muestran su incidencia en el ámbito de la enseñanza, y viceversa, por lo que se trata de perspectivas interdependientes que explicitan el sentido multidimensional de la investigación que presentamos. Ello porque quienes cuentan con acceso a la educación privada, de mayor calidad que la pública -aunque de todas formas evaluada en un nivel medio, como demuestra el informe PISA- son quienes, sin culpa directa, profundizan y perpetúan la brecha económica ahora por motivos educacionales. Este es un tema no menor, porque justamente la solidificación de la desigualdad en el país se nutre de las diferencias económicas que desde el nacimiento orientan a las personas hacia perspectivas y horizontes de desarrollo personal que serán prácticamente irremontables, salvo excepciones, y que se estructuran culturalmente a partir de los índices educativos.

En el plano de la educación superior, nos encontramos con un nuevo ámbito que está posibilitando la superación de la diferenciación sociocultural entre un elenco de opciones que es verdaderamente variopinto desde el punto de vista de

los tipos de instituciones que forman parte del sistema universitario. No obstante se mantiene la diferencia entre personas que provienen de los sustratos A, B, C1 y C2, como quienes tienen mayores posibilidades de acceder a la educación universitaria. Con planes como el Programa de Acompañamiento y Acceso Efectivo a la Educación Superior (PACE), de larga data en nuestra Universidad, junto con el establecimiento de la Ley que establece la gratuidad al acceso a la educación superior al 60% de las familias con menores recursos, se ha logrado establecer avances en la perspectiva de la superación de la pobreza educativa.

Por todo lo anterior, hacemos presente que el desafío por la superación de la pobreza en Chile, en las dimensiones señaladas, es uno de los objetivos nucleares que están por delante, en la misma línea que sugiere la Agenda 2030. Desde ello se hace explícita, entonces, la necesidad por cultivar y promover transversalmente los valores de verdad, justicia, libertad y caridad; y los principios de dignidad de la persona humana, bien común, participación, destino universal de los bienes, subsidiariedad y solidaridad, que la Doctrina Social de la Iglesia ha cultivado especialmente en el correr del siglo XX, y que han sido puestos de relieve en estos días por diversos especialistas que denotan que el avance hacia el desarrollo de Chile depende, en gran medida, de una sostenida y compleja transformación cultural de la nación.

Recordemos a modo de conclusión, en este sentido, las palabras de Francisco en su reciente Carta encíclica sobre la fraternidad y amistad social, *Fratelli Tutti*; lúcida interpretación de nuestro tiempo, en la que explicita la evidente convergencia de dos principios de la Moral social que no son antagónicos, como se los quiere hacer pasar, sino íntimamente complementarios, si se los entiende y operativiza adecuadamente desde el ejercicio de la libertad, la fraternidad y la igualdad: “Lo que se necesita es que haya diversos cauces de expresión y de participación social. La educación está al servicio de ese camino para que cada ser humano pueda ser artífice de su destino. Aquí muestra su valor el principio de *subsidiariedad*, inseparable del principio de *solidaridad*” (Francisco, *Fratelli Tutti*, N. 187).